Biblioteca Nacional de España

VEINTICINCO CÉNTIMOS

EL ARREPENTIMIENTO

Y

LA DESESPERACION

POR

DON JOSÉ ESPRONCEDA

VALLADOLID
Tip. y lib. Vda. de Monfero
1928

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

EL ARREPENTIMIENTO

Y

LA DESESPERACION

POR

DON JOSÉ ESPRONCEDA

VALLADOLID
Tip. y lib. Vda. de Montero
1925

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

EL ARREPENTIMIENTO

(A MI MADRE)

Triste es la vida cuando piensa el alma;
triste es vivir si siente el corazón;
nunca se goza de ventura y calma
si se piensa del mundo en la ficción.

No hay que buscar del mundo los placeres
pues que ninguno existe en realidad,
no hay que buscar amigos ni mujeres
que es mentira el placer y la amistad.

Es inútil que busque el desgraciado
quien quiera su dolor con él partir;
sordo el mundo, le deja abandonado
sin aliviar su mísero vivir.

La virtud y el honor, sólo de nombre
existen en el mundo engañador:
un juego la virtud es para el hombre;
un fantasma, no más, es el honor.

Biblioteca Nacional de España

No hay que buscar palabras de ternura
que le presten al alma algún solaz;
no hay que pensar que dure la ventura,
que en el mundo el placer siempre es fugaz.

Esa falsa deidad que llaman gloria;
es del hombre tan sólo una ilusión,
que siempre está patente en su memoria
halagando, traidora el corazón.

Todo es mentira lo que el mundo encierra
que el niño no conoce, por su bien;
entonces la niñez sus ojos cierra
y un tiempo, a mí me los cerró también.

En aquél tiempo el maternal cariño
como un Edén el mundo me pintó;
yo lo miré como lo mira un niño,
y mejor que un Edén me pareció.

Lleno lo ví de fiestas y jardines,
donde tranquilo imaginé gozar;
oí cantar pintados colorines
y escuché de la fuente el murmurar.

Yo apresaba la blanca mariposa,
persiguiéndola ansioso en el jardín,
bien al pararse en la encarnada rosa,
o al posarse después en el jazmín.

Miraba al sol sin que jamás su fuego

Biblioteca Nacional de España

quemase mis pupilas ni mi tez;
que entonces lo miré con el sosiego
y con la paz que infunde la niñez.

Mi vida resbalaba entre delicias
prodigadas ¡oh madre! por tu amor.
¡Cuántas veces, entonces, tus caricias
acallaron mi llanto y mi clamor!

¡Cuántas veces, durmiendo en tu regazo,
en pájaros y flores yo soñé!
¡Cuántas me diste, oh madre, un tierno abrazo
porque alegre y risueño te miré!

Mis caricias pagaste con exceso,
como pagan las flores al abril;
mil besos ¡ay! me dabas por un beso,
por un abrazo, tú me dabas mil.

Pero yo te abandoné
por seguir la juventud;
en el mundo me interné,
y al primer paso se fué
de la infancia la quietud.

Que aunque tu voz me anunciaba
los escondidos abrojos
del camino que pisaba,
mi oído no te escuchaba
ni te miraban mis ojos.

Biblioteca Nacional de España

¡Sí, madre! Yo no creí
que fuese cierto tu aviso;
tan hechicero lo ví,
que al principio, para mí
era el mundo un paraíso.

Así viví sin temor,
disfrutando los placeres
de mundo tan seductor;
en él encontré el amor
al encontrar las mujeres.

Mis oídos las oyeron,
y mis ojos las miraron,
y ángeles me parecieron;
mis ojos ¡ay! me engañaron
y mis oídos mintieron.

Entre placeres y amores
fueron pasando mis años
sin recelos ni temores,
mi corazón sin engaños
y mi alma sin dolores.

Mas hoy ya, mi corazón,
por su bien ha conocido
de los hombres la traición,
y mi alma ha descorrido
el velo de la ilusión.

Ayer ví el mundo risueño

Biblioteca Nacional de España

y hoy triste lo miro ya;
para mí no es halagüeño;
mis años han sido un sueño
que disipándose va.

Por estar durmiendo ayer,
de este mundo la maldad
ni pude ni quise ver,
ni del amigo y mujer
conocí la falsedad.

Por el sueño, no miraron
mis ojos teñido un río
de sangre, que derramaron
hermanos que se mataron
llevados de un desvarío.

Por el sueño, madre mía,
del porvenir, sin temor,
ayer con loca alegría,
entonaba en una orgía
cantos de placer y amor.

Por el sueño fuí perjuro
con las mujeres allí;
y en lugar de tu amor puro
amor frenético, impuro,
de impuros labios bebí.

Mi corazón fascinaste

Biblioteca Nacional de España

cuando me ofreciste el bien;
pero, ¡oh mundo! me engañaste
porque en infierno trocaste
lo que yo juzgaba Edén.

Tú me mostraste unos seres
con rostros de querubines
y con nombres de mujeres;
tú me brindaste placeres
en ciudades y festines.

Tus mujeres me engañaron,
que al brindarme su cariño
en engañarme pensaron,
y sin compasión jugaron
con mi corazón de niño.

En tus pueblos no hay clemencia;
la virtud no tiene abrigo,
por eso con insolencia
los ricos, en su opulencia
escarnecen al mendigo.

Y en vez de arroyos y flores
y fuentes y ruiseñores,
se escuchan en tus jardines
los gritos y los clamores
que salen de los festines.

Por eso perdí el reposo
de mis infantiles años;

Biblioteca Nacional de España

dime, mundo peligroso:
¿por qué siendo tan hermoso
contienes tantos engaños?

Héme a tus piés llorando arrepentido,
fría la frente y seco el coracón;
¡ah! si supieras cuanto he padecido,
me tuvieras ¡oh madre! compasión.

No te admires de hallarme en este estado,
sin luz los ojos, sin color la tez;
porque mis labios ¡ay! han apurado
el cáliz del dolor hasta la hez.

¡Que es veneno el amor de las mujeres
que en el mundo, gozoso, yo bebí!
Pero, a pesar de todos los placeres,
jamás pude olvidarme yo de tí.

Siempre, extasiado, recordó mi mente
aquellos días de ventura y paz,
que a tu lado viví tranquilamente
ajeno de ese mundo tan falaz.

Todo el amor que tiene es pasajero,
nocivo, receloso, engañador;
no hay otro, no, más puro y verdadero,
que dure más que el maternal amor.

Vuelve ¡oh madre! a mirarme con cariño,
tus caricias y halagos tórname;

Biblioteca Nacional de España

yo de tí me alejé, pero era un niño,
y el mundo me engañó, ¡perdóname!

Yo pagaré tu amor con el exceso
con que pagan las flores al abril;
mil besos te daré por solo un beso,
por un abrazo yo te daré mil.

Dejemos que prosigan engañando
los hombres y mujeres a la par;
de nuestro amor sigamos disfrutando
en sus engaños, madre, sin pensar.

Porque es triste vivir si piensa el alma,
y mucho más si siente el corazón;
nunca se goza de ventura y calma
si se piensa del mundo en la ficción.

FIN DEL ARREPENTIMIENTO

Biblioteca Nacional de España

LA DESESPERACIÓN

Me gusta ver el cielo
con negros nubarrones
y oír los aquilones
horrísonos bramar;
me gusta ver la noche
sin luna y sin estrellas,
y sólo las centellas
la tierra iluminar.

Me agrada un cementerio
de muertos bien relleno
manando sangre y cieno
que impida el respirar;
y allí un sepulturero

Biblioteca Nacional de España

de tétrica mirada
con mano despiadada
los cráneos machacar.

Me alegra ver la bomba
caer mansa del cielo,
e inmóvil en el suelo,
sin mecha al parecer;
y luego embravecida
que estalla y que se agita
y rayos mil vomita
y muertos por doquier.

Que el trueno me despierte
con su ronco estampido,
y al mundo adormecido
le haga estremecer;
que rayos cada instante
caigan sobre él sin cuento,
que se hunda el firmamento
me agrada mucho ver.

La llama de un incendio
que corra devorando
y muertos apilando
quisiera yo encender;
tostarse allí un anciano
volverse todo tea,
oír cómo vocea,
¡qué gusto! ¡qué placer!

Biblioteca Nacional de España

Me gusta una campiña
de nieve tapizada
de flores despojada
sin fruto, sin verdor,
ni pájaros que canten,
ni sol haya que alumbre
y sólo se vislumbre
la muerte en derredor.

Allá en sombrío monte,
solar desmantelado
me place en sumo grado,
la luna al reflejar;
moverse las veletas
con áspero chirrido
igual al alarido
que anuncia el espirar.

Me gusta que al Averno
lleven a los mortales
y allí todos los males
les hagan padecer;
les abran las entrañas,
les rasguen los tendones,
rompan los corazones
sin de ellos caso hacer.

Insólita avenida
que inunda fértil vega,
de cumbre en cumbre llega,

Biblioteca Nacional de España

y llena de pavor
se lleva los ganados
y las vides sin pausa,
y estragos miles causa...
¡qué gusto! ¡qué placer!

Las voces y las risas,
el juego, las botellas,
en torno de las bellas
alegres apurar;
y en sus lascivas bocas,
con voluptuoso halago
un beso a cada trago
alegres estampar.

Romper después las copas,
los platos, las barajas,
y abiertas las navajas
buscando el corazón;
oír luego los brindis
mezclados con quejidos
que lanzan los heridos
en llanto y confusión.

Me alegra oír al uno
pedir a voces vino,
mientras que su vecino
se cae en un rincón;
y que otros ya borrachos,

Biblioteca Nacional de España

en trino desusado
cantan al dios vendado
impúdica canción.

Me agradan las queridas
tendidas en sus lechos,
sin chales en los pechos
y flojo el cinturón,
mostrando sus encantos,
sin orden el cabello,
al aire el muslo bello...
¡Qué gozo! ¡qué ilusión!

Biblioteca Nacional de España

A LA MUERTE
DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS

Hélos allí; junto a la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte, dieron
almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad; mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue a siervos y opresores.

Y los viles tiranos con espanto
siempre delante amenazantes vean
alzarse sus espectros vengadores.

Biblioteca Nacional de España